

JOSE F. ARIAS

(1885 - 1970)

Dr. Héctor Brazeiro Díez

Fue novelesca la vida de este médico oriental y hombre ejemplar.

Hijo del asturiano Vicente Arias y de doña Carmen López, nació el 24 de enero de 1885, en el case-rón colonial de Misiones y Piedras, en Montevideo. Barrio que no olvidó nunca. Era una casona histórica ésta (demolida en 1931) porque en su planta baja funcionó el Café de los Patriotas.

Fue en ese conventillo donde la pareja de inmi-grantes alquiló dos piezas en la planta alta, sobre Mi-siones.

Con ellos vino desde Figueras de Castropol, en Oviedo, el tío José, hermano gemelo del padre de nuestro biografiado. Eran gente joven, de apenas treinta años, que empezaron como obreros carbone-ros, actividad frecuente alrededor del viejo puerto de Montevideo.

En este barrio portuario -con una escalinata de piedras, que llegaba al fondo arenoso de la bahía, y muelles de madera dura- atracaban aquellas carreti-llas del puerto, con altas varandas, tiradas por mu-las, que alternaban con alguna que otra demorada carreta.

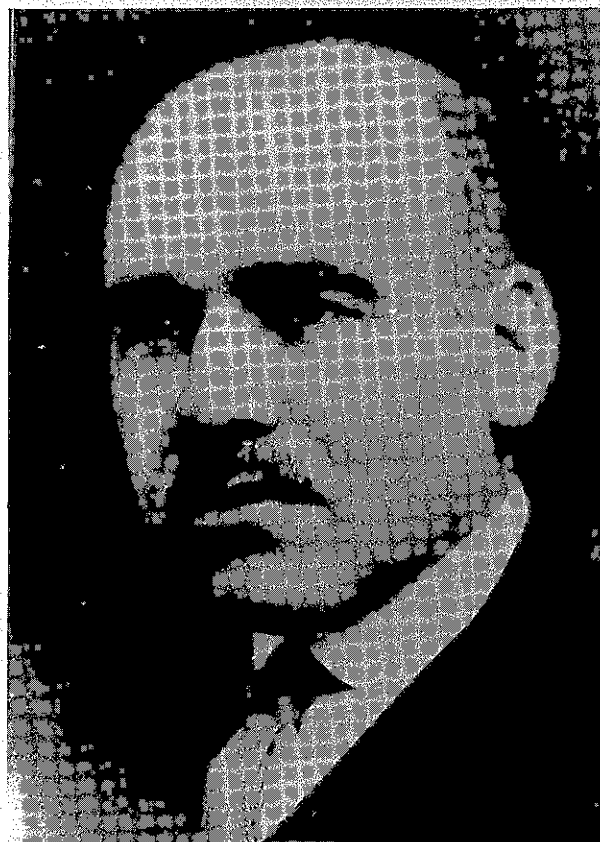
Como buenos españoles, eran católicos; y doña Carmen, devota de la Virgen del Carmen. Tenían la carencia cultural de los inmigrantes de aquella época.

Eran gente inquieta estos carboneros, porque en sus piezas del inquilinato y en el café, se reunían con sus paisanos para comentar la política de la patria lejana.

En este ambiente obrero nació el 24 de enero, a las 11.30 de la mañana; y ya lo inscribieron y bauti-zaron al día siguiente. Don Vicente, el asturiano, te-nía entonces 32 años. Apadrinó al niño su tío José, y por eso vino a ser justamente José Arias López.

Eran estrechos los medios en este hogar del car-bonero y la costurera; porque doña Carmen "cosía para afuera", para los Registros de Ropa Hecha de la vecindad. Cosía a mano; la máquina de coser llegó después.

Por la escalinata del puerto y por aquellas calles empedradas a cuña, apenas alumbradas por alejados faroles a kerosén -pues la iluminación a gas estaba más al Centro- correteó el asturianito, quien nunca



Dr. José F. Arias

olvidó este ambiente que asoma en algunas de sus expresiones y que exhibirá como timbre de honor cuando llegue a Ministro.

Las primeras letras y oraciones las recogió de su madre junto al quinqué familiar. Pero en cuanto pudo valerse, doña Carmen, envuelta en su mantilla españolísima, lo llevó al nuevo colegio que los salesianos abrieron en la Aguada, vecino a la Capilla del Carmen, en la esquina de Agraciada y Lima.

Era el colegio otro caserón colonial, que había pertenecido a Burgues, con una sola puerta de dos hojas descoloridas que daban a un zaguán de ladrillos y a un patio amplio con naranjos. Aquí José Arias completó su Primaria y a los siete años hizo su Primera Comunión en este Colegio de la Sagrada Familia.

Conservó toda su vida la foto de Comunión. Aún existe. Pero al madurar sus convicciones se volvieron otras.

Era el mayor. Lo siguieron dos hermanas que jovencitas se casaron y se fueron.

Y esta fue su infancia.

II

En 1897 -cuando tenía, pues, doce años- su tío padrino, ya pequeño comerciante en carbón en la calle Cerrito y vinculado a la Universidad como sirviente de laboratorio, lo inscribió para el examen de ingreso.

Repasó José durante los meses de verano, y en marzo rindió su examen para ingresar al enorme edificio de Cerrito y Guaraní donde funcionaba Secundaria, a fin de aspirar al título de Bachiller al cabo de seis años de estudio. Examen por materia; matrícula y cursos pagos previamente.

Pero ya no era una carga en este hogar laborioso. Su vocación era la docencia. Se rebuscaba preparando niños para el examen de ingreso y aun tuvo alumnos entre obreros compañeros de su padre, rudos carboneros que pagaban sus lecciones conscientes de la importancia de ilustrarse.

Tuvo y conservó muy buena letra, clara, pareja, lo que lo llevó a agenciarse tareas en los Estudios Jurídicos y las Academias de la ciudad. No había dactilografía en Montevideo, así que su destreza le permitía traer trabajos a copiar en su hogar. Esto lo vinculó tempranamente al ambiente de Procuradores y Escribanos de la zona. Hizo, pues, relaciones.

En sus estudios, alternando con sus trabajos, conoció la astronomía; y cuando poseyó esta ciencia ha-

lló en ella la síntesis de todos los conocimientos filosóficos y científicos. Adaptó para sí un mundo metafísico que desarrolló y expuso más adelante; y estas concepciones le sirvieron de consuelo en sus años finales. Por su edad no podía ingresar a la Masonería, pero sin querer ya lo estaba.

Ayudaba a sus condiscípulos en astronomía y cosmografía. Practicaban en la azotea y en el patio del inclinado, en las noches límpidas y estrelladas.

Durante sus tareas de amanuense conoció al escribano Givogre, al que más adelante, cuando fue Ministro, volvió a encontrar, reconociéndose mutuamente.

Los cursos en Secundaria eran fragmentados por sus ocupaciones; regresaba, ya anochecido, a su hogar, para enfrentar en su pieza a sus alumnos de Primaria. Fue testigo de las guerrillas entre los barrios Guruyú y Palermo; así recibió alguna pedrada. También él tenía puntería y fuerza. Era un muchacho sano, bajito, morrudo, sólido.

En una noche de setiembre de 1900, al regresar, encontró muerta a su madre, doña Carmen. La atendió el Dr. Leonard, de la Sociedad Española.

Al culminar Secundaria, su tío y padrino lo inclinó a matricularse en Medicina. El podía pagarse los estudios.

Pero una noche del verano de 1904, desde el balcón, con sus hermanas y su padre, vieron un tumulto de carreras y órdenes militares en el café; era la leva, una de las más odiosas costumbres de la época.

Se trataba de un grupo de hombres -algunos maduros y otros jóvenes- a quienes un pelotón de soldados sacó del café y agregó a sus filas para marchar severamente custodiados al Cuartel de Bastarrica, el del 5° de Cazadores, en la esquina de Agraciada y Orillas del Plata.

"Caer en la leva" era incorporarse como "voluntario" al batallón. Largas, difíciles y fatigosas gestiones emprendían entonces los familiares para rescatar al "enganchado", a veces un padre de familia o muchachones desprevenidos en las calles después de oscurecer.

Era un peligro potencial que los extranjeros sorteaban con un salvoconducto firmado por su Cónsul. Pero eran inútiles y peligrosas las tentativas con el sargento del pelotón, a menudo borracho y capaz de cualquier brutalidad.

La leva, como el castigo de baquetas, el garrote que le decían los criollos, o el cepo eran castigos mili-

tares heredados de España; y que para afrenta de nuestra cultura duraron con intervalos hasta 1910.

Se pretendía justificar la leva porque el ocioso que no iba al ejército escaparía a monte en campaña para incorporarse a Saravia. El círculo era de hierro. Quien podía pagaba un "personero": un hombre que iba por él; así obtenía un salvoconducto. Pero la cosa era discutible si había sido capturado.

Don Vicente como otros españoles se salvaban por ser extranjeros, defendidos por el Cónsul español don Matías Alonso Criado, hombre activo, influyente y generoso. Pero José Arias López era oriental, y difícilmente escaparía.

Así que una noche don Vicente puso en manos del Bachiller un manojo de papeles donde se destacaba un escudo español; y con un hatillo de ropa y un libro lo acompañó a la escalerilla del vapor Colombia, que por un pasaje de 3a. clase, de 0,80, lo llevaría a Buenos Aires. Corría enero de 1904.

Era una corta travesía de una noche, pero la primera separación de los suyos.

Se durmió sentado en un felpudo. Despertó cuando aparecían las luces de Buenos Aires. El barco venía lleno de fugitivos como él. Naturalmente, nadie lo esperaba en el puerto.

III

En la dársena, un oficial iba llamando a los pasajeros de 3a. y entregándoles sus documentos. Llegó un momento en que Arias quedó enfrentado al Capitán que empuñaba un documento del "español José Fernández", pues así rezaba el falso pasaporte.

"Pero, vos sos Fernández. Tomá y andate", fue la terminante despedida del marino.

Quedó desolado en el muelle empedrado, envuelto en la luz de la mañana de enero.

Su padre, con los papeles, le había dado una carta para una familia Do Porto, con quienes tenía una alejada relación de paisanos.

Allá salió nuestro joven a preguntar por el barrio Flores, donde residían los Do Porto. Era un arrabal porteño al que se llegaba por el tranvía de caballos que cambiaba a mitad del recorrido.

Buscando esta dirección tropezó con un tranvía de dos pisos, que corría con un zumbido, sin caballos, y que se anunciaba con una campana. Más allá, otro coche igual. Una guirnalda de lámparas lo maravilló,

muy superior a la pobre luz que se brindaba en Montevideo por la ruidosa usina de la calle Yerbal y que no se daba a los domicilios.

En Avenida de Mayo, en la vidriera de un comercio, vio cine estereoscópico y propaganda de películas a exhibirse en distintas salas. Más adelante conoció y trató con este comerciante judío-alemán, y lo admiró porque Max Glucksmann llenó con sus películas alquiladas los cines de Buenos Aires y Montevideo, en cadena de distribución por circuitos.

En todas partes lo rodeaba la mecanización y la técnica. Comprendió que estaba en los umbrales de una Nueva Era: la de la tecnología con que se inauguraba el siglo XX. La auténtica realidad del futuro se le mostraba.

Ya en los días siguientes volvió varias veces al Centro para buscar trabajo, porque sus pocos medios se lo exigían.

Una vez, al llegar la noche, agotado de trotar calles, se sentó en un banco de la Plaza Lavalle, y se quedó dormido. Lo despertó un guardián, al tiempo de encontrarse frente a un local social adonde acudía la juventud dorada de Buenos Aires. Era un contraste irritante, pero una enseñanza severa de los desníveles sociales, que en Montevideo no eran tan acen tuados. Buscó su tranvía para el barrio Flores. Una hora y media de aburrido trayecto.

Una mañana acudió a un aviso de La Prensa donde se pedía un profesor para un Instituto Políglo to-Mercantil; título pomposo que le dio el catalán propietario. Lo aceptaron. Enseñaría todo lo que pudiera y supiera; y lo más importante: le daban alojamiento.

Enseñó allí inglés, matemáticas, geometría. Perfeccionó su contabilidad, de la que llevaba rudimentos. Aprendió dactilografía. Más adelante le serviría de mucho esta docencia.

Quedaba el Instituto en la antigua Plaza Lorea, junto a un Mercado y al Cuartel de la Guardia Republicana, cuyas dianas y redobles lo despertaban para abrir el Instituto.

Pero no era lo que él quería. La labor era continua; él se había relacionado con otros orientales en la Avenida de Mayo y buscaba otra cosa.

Un día se despidió del catalán y salió a alquilarse una pieza céntrica. El pichón quería volar. En los dos meses y medio se había ilusionado y decidió largarse solo a dar clases particulares.

Halló alojamiento a la vuelta, por la calle Lima, pero era caro para sus medios. Seguiría buscando;

por el momento pasaría la noche en el atrio de la Catedral, donde ya lo había hecho en meses anteriores.

No contó con los temporales de otoño; era el mes de abril, y antes de la media noche el precario albergue era barrido por ráfagas de lluvia. Volvió a la calle Lima; lo recibió la misma viejita, lo vio chorreando agua y sin preguntar más: "Entre", le dijo.

Fue un episodio imborrable en su vida. Al día siguiente puso un aviso en La Prensa: "Clases particulares a domicilio. Lima 1268"; y esperó. Nada.

Pasaron días, mientras sus recursos se acortaban. Una mañana encontró en la Avenida de Mayo a un joven que interrogaba a los transeúntes, quienes lo esquivaban. Era extranjero. Lo interrogó en francés, y el otro respondió: "Ich bin Deutsch und Ich habe Hunger". Era alemán. Este joven estaba peor que él, que al menos poseía el español y se hacía entender.

Le dio la mitad de lo que disponía para ese día. Fue su primer auxilio social. Lo recordaría toda la vida y lo repitió siempre que pudo.

Tenía orgullo generoso de ayudar sin preguntar. Sabía lo que era pasar apreturas.

IV

Por este tiempo se reunía con otros orientales, emigrados como él, en el café Tortoní, de Avenida de Mayo. Allí conoció a otro joven, diez años mayor que él, escritor teatral, ya bacilar y pasado de hambre; era Florencio Sánchez, que venía viviendo de lo que le rendía su primera obra, "M'hijo el Dotor".

Conoció, pues, a este autor y posteriormente se emocionó cuando lo vio plasmado en bronce al inaugurarse su monumento en el Parque Rodó.

Al fin consiguió dos alumnos de una familia adinerada. Debía enseñar inglés por la mañana, almorzaría con la servidumbre y por la tarde ayudaría al otro hijo menor en sus deberes escolares. No tuvo recuerdos gratos de esta gente -que con todo fueron en ese momento una solución para él- porque lo trataban con orgulloso distanciamiento. Seguía viviendo en la calle Lima.

En esa pensión cenaba, y una noche conoció a una pareja de extranjeros: ella cantante italiana de paso para Rosario, él judío-alemán. De sobremesa la actriz cantó una romanza en italiano, y el alemán, muy serio, expresó en su mal español: "El único genio de la ópera es Wagner!".

Era la primera vez que oía nombrar a este maestro alemán. Oyó su obra *Las Walkyrias* años des-

pués, en 1935; impresionado, recordó las palabras del alemán relojero en la pensión.

Arias era apasionado de la buena música; prefería autores alemanes: Beethoven, Wagner, Mozart; los disfrutaba cuando ya maduro dispuso de excelente discoteca. Se encerraba en su estudio-consultorio, a oscuras, para escucharlos.

V

El 1º de Mayo de 1904 asistió a una manifestación que salía de la Plaza Constitución. Se desplegaron banderas argentinas y francesas. Se cantó el Himno Nacional, La Marsellesa y La Internacional. La encabezaba un joven diputado socialista, el primero elegido por esa ideología en América. Era un hombre de gran presencia, de enormes bigotes. Una figura inolvidable. Se llamaba Alfredo Palacios.

Pero había otra manifestación que salió de la misma plaza. Estos llevaban banderas rojas y negras, precedidas por una banda ahogada por voces roncas, frases incompletas, sin sentido momentáneo, puños cerrados al alto, expresiones torvas. Casi juntas llegaron ambas manifestaciones hasta el Paseo Colón, donde la policía ordenó disolverse.

Los socialistas se pusieron en las veredas mientras los anarquistas siguieron. Nueva orden de disolución; pero siguieron hasta Plaza Mazzini. Sonó un clarín. Volaron piedras y garrotes. Cargó la caballería. Sonaron tiros...

Al anochecer los anarquistas volvieron al Centro por la vereda norte de Avenida de Mayo, llevando como un trofeo a uno de sus muertos en la refriega. Era lo que ellos buscaban.

Nueva experiencia para Arias; ésta, definitiva de su modo de pensar.

VI

En setiembre de 1904 terminó sorpresivamente la guerra civil en el Uruguay por muerte de Aparicio Saravia. Los emigrados, sin distinción política, se reunieron una noche en el café Los Inmortales. quedó de este encuentro una foto que Arias guardó cariñosamente entre sus cosas. Aún existe.

Había, para entonces, recibido el espaldarazo de hombre e ingresado en la escuela de la vida. En el mismo vapor Colombia volvió a Montevideo, donde su padre se había mudado a la calle Orillas del Plata casi Convención.

Se reenganchó en el movimiento estudiantil en que ya venía actuando desde varios años antes. La Asociación de Estudiantes estaba en la calle San José y la presidía un estudiante de derecho de avanzadas ideas socialistas, aunque de raíz burguesa: Emilio Frugoni, consagrado poeta con sus Evocaciones Montevideanas y forjado en la redacción de El Día. Era Arias un auténtico gremialista, diríamos hoy.

Se organizaba un Congreso de Estudiantes Americanos que se concretó recién en 1908, presidido por Héctor Miranda y Washington Beltrán.

Arias tenía en la Asociación amplitud de ideas. No bastaban los estudiantes montevideanos: había que reunir todas las Asociaciones en una Federación. Así luchó y lo logró. Por su natural modestia declinó la Presidencia en otro joven estudiante, periodista vinculado a El Día y que más adelante lo llevó donde Batlle para presentarlo: era José María Schinca.

Arias junto con José Pedro Segundo venían sacando la revista "Evolución", en la que ya se comentaba a Rodó. Era un esfuerzo periodístico donde el apoyo de Batlle, de Domingo Arena y la maquinaria de El Día eran vitales.

Tenía entonces Arias algo más de veinte años. Era un joven elegante para la época, de grandes bigotes y aire de dandysmo; así salió en una foto de galería que aun existe.

El conocimiento visual y la admiración por Batlle venían de tiempo atrás, cuando Batlle vivía en Bartolomé Mitre casi Cerrito, en un caserón de tres plantas que aun subsiste. A la vuelta, por 25 de Mayo y Juncal, estaba la primitiva imprenta y redacción de El Día. Lo veía y conocía sus costumbres cuando él, de regreso de la Sagrada Familia, lo observaba almorzando en el Hotel Bianchi, fuera con Manini Ríos o con Campisteguy, a quien recordaba como un joven bajito. Batlle aun estaba soltero, era legislador; el hotel quedaba situado en Bartolomé Mitre casi 25 de Agosto. La relación entre ambos venía ya cantada, diríamos hoy.

Su amistad con Schinca y luego con Manini lo inclinó y facilitó su ingreso a la Masonería, muy de moda en aquel tiempo para quienes ambicionaban distinguirse y subir en política.

Arias era ya bachiller, título conquistado en exámenes libres, materia por materia en cursos entrecortados por trabajos, exilio, etc. Por eso soñaba con el Liceo Nocturno, que realizó cuando Ministro en 1919. Conocía las dificultades del estudiante que debe trabajar para seguir cursos regulares y reglamentados.

Su dedicación a la astronomía, con su regularidad y precisión del Universo, favoreció su sincera afiliación masónica.

En aquel tiempo no había contradicción entre la Masonería y el profesorado en la Sagrada Familia, donde hizo casi todas sus observaciones con el Hermano Damasceno. Había católicos masones, personajes de la Iglesia. El antagonismo vino después, y lo provocó Batlle cuando sus reformas sociales chocaron con las clases conservadoras, que eran macizamente católicas. Pero esto es otra historia.

VII

Dedicado a la Ciencia de las Noches, la Cosmografía, publicó textos: una Cosmografía en 1905, seguida de un Mapa de la Bóveda Celeste para el Museo Pedagógico, cuando lo dirigían el maestro Gómez Ruano y su secretario Montero Bustamante.

En 1907 se implantó la exoneración de exámenes en los liceos públicos. Esto trajo desbande y decadencia de los liceos privados donde se desempeñaba Arias. Era además Profesor Sustituto, único con obras dedicadas a Cosmografía. Por eso, cuando hubo vacante de Profesor Titular, Arias no se inquietó porque estaba seguro de ascender. No contaba con la política criolla, falaz e injusta. Se nombró como profesor a un "recomendado", sin antecedentes docentes, lego en cosmografía. Es que la escuela de la vida, que él practicaba, no le había enseñado que la nobleza y la modestia no son moneda en política. Fue su Waterloo, como él lo llamaba.

Vio su castillo destruido, pero de nuevo volvió a empezar. Siguió con cosmografía en la Sagrada Familia; Contabilidad en el Instituto Comercial de la calle 25 de Mayo, en la Escuela Alemania y en su domicilio de la calle Orillas del Plata.

Fue una pasión para él, la Cosmografía, con la que culminó en la Universidad Femenina en 1930. Su última clase fue emotiva; la dictó en 1948 frente a sus alumnas y la profesora Inés Luisi.

VIII

Estoy describiendo la vida de un médico que tuvo brillantes facetas. Su decisión por la Medicina venía desde antes de su bachillerato.

En la vieja Facultad de Sarandí y Maciel cursó sus primeros años.

Ya adelantado, en 1909, la Sociedad Española de Socorros Mutuos lo nombró practicante. Fue el pri-



Arias adolescente

mero de esta categoría porque cambiaba la técnica, y las antiguas: sanguijuelas y sangrías se reemplazaban por los inyectables, lo que ya no era tarea de boticarios.

Con esta vida tan activa y en una carrera tan absorbente como la Medicina, llegó a interno en el Servicio del Profesor Lamas; también actuó en el Servicio Médico-quirúrgico del Hospital Vilardebó, a cargo del Dr. Gerardo Arrizabalaga.

Fue Jefe de Clínica con Soca, que le ofreció dedicarse a neurofisiología. No aceptó. Más adelante impondrá la psico-fisiología en un laboratorio especialmente creado en la Universidad del Trabajo.

Apenas recibido, en 1914, entró en Asistencia Externa, desempeñándose en la Unión. El consultorio estaba en el Asilo de Mendigos, actual Hospital Pasteur, justamente en la esquina de Cabrera y la Plaza; los domicilios se atendían con un Ford T. El radio iba desde Avenida Peñarol al mar; alcanzaba los Baños de Carrasco, Chacarita, toda la Unión y parte del Cerrito. Radio extenso en un arrabal semi-rural.

Aquí pronto fue conocida la figura de Arias enfundado en su túnica y resbalando por los barriales. Desempeñó un año este servicio, porque en 1915 en-

tró, como representante del partido Colorado, a la Cámara de Diputados. Siguió ejerciendo como médico de radio en la Fraternidad y la Sociedad Española, tareas que hacía con cariño. Su alejamiento de la Asistencia Externa consternó al vecindario, lo que se manifestó en una nota elogiosa de El Día.

A todo esto es admirable como aquel hombre bajito, cejijunto, de enormes bigotes pudo desempeñarse como profesor de Secundaria, ejercer la Medicina e iniciar actividad política; porque fundó su Club Partidario, el de la 6a. Sección, en 18 de Julio y Arenal Grande, enfrente a lo de Julio María Sosa. Lo inauguró y todavía en 1917 lo presidía junto al Dr. Carlos Travieso.

Aun le quedó tiempo para casarse, en 1909, cuando practicante, con Adela Bregante Obertillo, de 27 años; él tenía 29. Fue el 16 de octubre de 1909. Ella era hija de italianos y vivía en la calle Miguelete. Los apadrinaron Pedro Angel Mugnoni y Pedro Accinelli. Dio su nueva dirección: Reducto 1184, casi Martín García.

IX

Ningún médico hizo tanto como Arias cuando se encontró investido de legislador por el Partido Colorado.

Ya en 1917 planteó una reorganización del Consejo Nacional de Higiene Pública. Era un proyecto extenso, de 41 artículos, donde integraba el Consejo con la Asistencia Pública. El propio Consejo, en esos momentos, recibió con frialdad la iniciativa; le negó virtualmente su apoyo. Pero salió a la larga, en 1933, como Ministerio de Salud Pública.

En 1922 proyectó la jubilación de los médicos como profesionales, incluyendo al personal de las mutualistas.

Insistió aún, en 1923, con otro proyecto de Seguro de Salud como medio de aliviar a la Asistencia Pública; ahora sí muy bien acompañado por los profesores Justo González, Andrés Puyol, Rafael Schiaffino y Mario Simeto, Presidente, este último, en esos momentos, del Sindicato Médico recién nacido. Presentó ese proyecto al 2o. Congreso Médico de Medicina.

Le sobraron tiempo y energía para dirigir el Sindicato Médico como Presidente y editar su Revista, siempre insistiendo en fusionar el Consejo de Higiene con la Asistencia Pública.

En 1928 integró el Consejo de Higiene, donde se hizo oír. Era un hombre que dominaba la oratoria y sabía exponer conceptos. No se iba en palabras: "To-

dos somos eruditos en lo que hay que hacer -decía- pero lo importante es crear, hacer o al menos organizar para hacer”.

Alternaba estas tareas con las del Consejo de la Facultad de Medicina cuando el fecundo Decanato del Prof. Navarro. Aquí propuso la Cátedra de Medicina del Trabajo, inquietud que llevó hasta la Asamblea del Claustro.

X

No pasaba Arias en su despacho ideando, sino que se desempeñaba como médico de radio de mutualistas, atendía su clientela particular y por las noches enseñaba cosmografía en la Sagrada Familia o presidía su club político.

“La actividad médica -decía- exige una salud personal sólida, elevación moral, sentido de responsabilidad y serenidad de ánimo”.

Toda esta actividad la hacía modestamente, a pie o en tranvía, porque no quiso ni tuvo más coche desde su accidente en Avenida Brasil y Ellauri, cuando llevaba al Dr. Feliciano Viera a su domicilio. A él le costó una conmoción cerebral y un escarmiento. Renunció así a uno de los atributos más representativos del médico de aquella época.

Detrás de Arias iba un drama que lo amargaba, cruel drama para un médico y padre. Ya entro en él.

XI

En 1915, el 8 de enero, inscribe a su primer y único hijo. Se llamó José Fernando Arias Bregante. Desde entonces su vida se concretó en este nuevo amor.

Vivía con su padre, el viejo asturiano, en Orillas del Plata 1226 y proyectaban viajar a Europa cuando el niño completara, a los 12 años, su ciclo primario en el Elbio Fernández. Sería arquitecto.

Este hijo único se crió junto a su primo Hermes Mugnoni Arias, de su misma edad, pero de mayor desarrollo físico. Este sería ingeniero. Ambos paseaban juntos, disfrutaban de sus vacaciones en el predio que Arias había adquirido en Carrasco. Pero la tragedia estaba cerca.

En marzo de 1928 el Dr. Arias sacó los pasajes para Europa. Era la primera vez que viajaba la corta familia. Embarcarían en el Arlanza, el 5 de abril.

Pero el 23 de marzo se presentó un cuadro infeccioso agudo en el niño. El 29 de marzo el hemocultivo

y la reacción de Widal se mostraron positivos: tifoidea de gran virulencia. Empezaron así setenta días de interminable angustia.

Fue un proceso tóxico de excepcional intensidad, con manifestaciones ataxo-adinámicas y pérdida sensorial completa. Se inicia una larga convalecencia.

El proceso dañó el encéfalo y el resultado fue deficitario. Con todo, dos años después viajaron los padres con este hijo. Fueron a París, donde Arias hace un Curso de Actualización en la Clínica de Sergent. El joven reinicia allá su educación después de consultas médicas. En 1932 vuelven los tres a Montevideo.

En una carpeta se conserva la gráfica llevada diariamente por el padre, junto a una foto de cuando el niño cursaba en el Instituto Carnot, de París.

En Montevideo se planteó el problema educacional de las reválidas. Los institutos aceptaban al joven, pero pronto surgían torpes burlas e incomprendiones. Cursó todo el liceo de nuevo en el Elbio Fernández, bajo la paternal tutela del Maestro Zolesi, en carácter de estudiante libre.

XII

Lleno de amargura, no cejó Arias en su empeño constructivo, pues en 1938 integra una Comisión de Mutualismo junto a Arnóldo Berta, Carlos Stajano, etc. Venía de presidir el Sindicato Médico. Su inquietud por la Medicina Preventiva lo llevó a proponer el Catastro Estudiantil por Rayos X, según el sistema Abreu. Logró empezarlo en la Universidad del Trabajo.

Toda su obra tiene un fuerte tinte docente y preventivo. “La función del Maestro -decía- es una función cumbre porque exige consagración y amor. Se llega por vocación y de esto él tenía mucha dedicación total, global del tiempo para analizar al niño en su ambiente y en su familia”. Por eso no admitía la docencia ejercida como burocracia, de unas pocas horas insuficientes para abarcar al niño y sus problemas.

Cuando desempeñó el Ministerio de Instrucción Pública del primitivo Gobierno Colegiado, que era múltiple, creó las Facultades de Ingeniería y Arquitectura con la base de la Facultad de Matemáticas. Allí irían a estudiar dos seres queridos: su hijo y su sobrino.

Creó el Liceo Nocturno, uno de sus sueños, con la convicción de que: “La psicología del que a cierta edad, cuando ya es un joven templado por la vida, realiza un esfuerzo personal, no es ni puede ser igual

al que avanza sin conocer todos los obstáculos del camino". Y bien que lo sabía él por haberlo vivido.

El Liceo Nocturno se inició con 250 estudiantes seleccionados, en el local del IAVA. Avanzó. Venció dificultades. Hizo y hace bien porque: "Muchos encontraron en sus aulas las facilidades para llegar a un fin profesional que anhelaban. Otros aumentan su cultura y allí encuentran un complemento de sus vidas, esperanzas y facilidades de sana igualdad democrática".

La Ley Arias de 1919 es la de la fundación del Liceo Nocturno.

La insignia que se creó para representarlo sólo a Arias se le hubiera ocurrido: es la Vía Láctea sobre fondo oscuro. La de la Asociación de Estudiantes del Nocturno, posterior a aquélla, es la silueta negruzca de un murciélago. No tuvo Arias nada que ver con ésta.

Los Cursos de Secundaria para Adultos son de 1926. Los creó Arias cuando terminaba su Ministerio. Los de Primaria fueron anteriores, por obra de Batlle.

En 1927, al frente de la Instrucción Primaria, transformó la Escuela de Práctica No.1 en Escuela República Argentina, en una ceremonia adonde asistieron autoridades del país hermano. Había un sentido de gratitud a los tiempos de esfuerzo y bohemia en Buenos Aires.

Su obra cumbre es el primitivo proyecto de Universidad del Trabajo, en 1925, cuando desde su Ministerio expuso:... "porque en este terreno de tecnicismo y conocimientos del hombre, el trabajo manual no es tarea diminutiva sino una actividad más de las Culturas y las Vocaciones".

La Universidad del Trabajo del Uruguay nació sobre la base de la antigua Escuela de Artes y Oficios, del 1877, y que en 1934 languidecía con algunos talleres en su antiguo y amplio local de la calle San Salvador, en Montevideo.

Al ocuparse Arias de esta Dirección de la Enseñanza Industrial la amplió con la Escuela del Hogar, que se desarrollaba en tres turnos, para las jóvenes; y con las Escuelas Agrarias, ya de proyección nacional, repartidas en el país.

Conocía Arias todos los problemas de la Industria y del aprendizaje de los jóvenes. Los vio desde el Ministerio de Industrias que venía de desempeñar.

Fundó la revista Evolución, órgano de la institución, con su lema "Voluntad, Trabajo, Energía". Era

su propia vida que en este instituto veía desarrollarse.

Quedó al frente de la UTU hasta 1942, cuando ya había crecido y vuelto apetitosa para los políticos, aun los de su propio Partido, que lo traicionaron para ubicar allí sus compromisos electorales.

Esta idea de la UTU había nacido en 1925, pero creció a su vuelta de Europa, cuando publica: "Orientaciones Culturales y Económicas", donde esboza el Organismo, al que se ingresaría mediante un examen Psico-Físico. Lo que logró en UTU con el Instituto de Orientación Profesional, completo, con su Laboratorio Bio-Tipológico, cuyos resultados salieron en la Revista de la UTU.

Este laboratorio lo creó con la colaboración del Dr. Isidro Más de Ayala y la ayuda ocasional del psicólogo español Mira y López, que andaba de gira por estos pagos.

Aplicó allí su Test Psicológico; "las pruebas", como lo llamaban los estudiantes, y muy importante para su acción futura.

Esta experiencia que empezó por la UTU se aplicaría, según su proyecto, a toda la población estudiantil; seguiría al individuo toda su vida. Sería un real "Carnet de Vida", con la trayectoria física y psíquica de cada uno.

Con él confiaba evitar "los ejércitos de descontentos" que se habían metido en un camino sin que nadie los aconsejara.

XIII

La importancia de la preparación en todos los órdenes lo llevó en 1926, cuando era Ministro de Instrucción Pública, a proyectar una Facultad de Pedagogía; organismo que reuniría las disciplinas de los actuales Institutos Normales, Escuela de Psicología y Facultad de Humanidades, procurando uniformidad en los docentes y evitar las improvisaciones. Si bien el momento no era propicio, la iniciativa resulta actual.

En su actuación política se interesó por los caracteres de las personas que enfrentaba; descubrió que allí no cabía el análisis prolijo y científico de estos individuos: había que admitir una clasificación grosera.

"El Gobierno es Política", dijo; por eso se embarcó en el Partido que creyó más apropiado. El Gobierno debía ser un Arte y una Ciencia, aplicados al bienestar humano. Pero está en manos de hombres, y entre

éstos los superiores y los inferiores. Porque si bien hay igualdad física y morfológica también hay desníveles intelectuales insalvables que pueden llevar a caídas inmorales. De aquí la importancia del estudio psico-físico de todos los habitantes.

Médico observador, comprobó que la Medicina puede ser un arma benéfica porque al derrotar los males físicos y ambientales deja en descubierto las fallas intelectuales cuyos trastornos pueden así ser corregidos.

XIV

Su actuación política dentro del Partido Colorado fue temprana.

Apenas regresado de Buenos Aires intervino activamente en los momentos de organización del Partido. Colaboró para su Carta Orgánica junto a Martínez Trueba y al Dr. Atilio Narancio. Lo llevó a esta tarea su amigo Schinca. Apenas tenía 20 años.

Desde su baluarte de la 6a. Sección participó en las luchas del Partido Vierista, lo que le permitió, cuando la Presidencia del Dr. Feliciano Viera, sacar adelante muchos de sus proyectos.

Diputado, luego Senador, Ministro de Instrucción Pública cuando ese cargo abarcaba otras funciones que luego se repartieron. En un momento dejó este Ministerio para venir a la Dirección de Instrucción Primaria, donde su obra fue fecunda. De ella ya habló. Repentinamente, en 1926, se encontró cesante. Ya ocupaba su casa de la calle Yaguarón, con su esposa. Restaban deudas. Acometió de nuevo la lucha. No era la primera vez que le pasaba esto.

Battle no lo perdió de vista y lo visitó en su casa para ofrecerle la candidatura para el Consejo Nacional de Administración. Rehusó porque no contaba con el apoyo de la fracción conservadora, el Riverismo de Manini Ríos, restos de los colorados de Tajés.

Cuando el Golpe de Estado de 1933, el Dr. Terra nuevamente le ofreció integrar el Consejo de Estado. Pero él en esos momentos se desempeñaba en Instrucción Primaria, adonde lo atraía su vocación docente. Se quedó allí. Instauró, desde esta Dirección, la Enseñanza Industrial, otro de sus sueños. Lo realizó. Corría el año 1934.

Sus ideales patrióticos, concretados al fin en la Asociación Patriótica, aparecieron en un manifiesto impreso en la UTU, en 1941: "Se sirve y se ama a la Patria dándole más de lo que pide".

Fue Ministro de Industrias. Allí instaló la Dirección de Agronomía y dentro de ella ensayó el coopera-

tivismo. Tropezó, cuando esta idea, con el individualismo de los paisanos: "Cuando dos paisanos se juntan a cantar, jamás lo hacen a dúo; en seguida van al contrapunto".

Sus originales Vagones Selectores de Semillas, conocidos en las estaciones de los distritos agrícolas, fueron combatidos por el egoísmo del vecindario generalmente apoyado por políticos. Soportó que en política es frecuente la expresión hiriente; negar torpemente el saludo por antagonismo; fingir amistad por interés.

Necesito esquematizar estos años de actuación.

1o. En la Instrucción Primaria:

- a) Los Institutos Normales para maestros, embrión de una Facultad de Pedagogía.
- b) Presupuesto Escolar, en 1920, con las Gotas de Leche Escolares:
"...porque sin alimentación no hay trabajo intelectual".
- c) Escuelas Especiales para Sordo-mudos y Escuelas Higiénicas al Aire Libre.
- d) 550 Ayudantías y ampliación del Servicio Médico Escolar, con el número apropiado de médicos.

2o. En la Enseñanza Secundaria:

- a) Liceo Nocturno. Funcionamiento regular desde 1920.
- b) Reglamentación y régimen de pago a los Profesores de Secundaria.

3o. En la Enseñanza Industrial:

- a) Concretó su proyecto de la UTU, presentado en 1916, cuando el Presidente Viera. Lo hizo Amézaga en 1941: "...porque los jóvenes -decía Arias- no tienen otra salida que la Universidad Académica, y el país necesita industrializarse".
- b) Escuelas Industriales en Campaña, según su proyecto de 1920.

4o. En la Enseñanza Superior:

- a) Las Facultades de Ingeniería y Arquitectura, con la base de la vieja Facultad de Matemáticas. Aquí serían los estudios de dos de sus seres queridos: su hijo y su sobrino Hermes

Mugnoni, desgraciadamente murió en un accidente de aviación, en Rocha, el año 1936, cuando hacía su curso de pilotaje.

- b) Como Consejero de la Facultad de Medicina entre 1927 y 1931, sostuvo los seis años de carrera en Medicina. Programó los Cursos de Medicina del Trabajo, que presentó al Claustro.
- c) Creó la Facultad de Química y Farmacia, separándola de Medicina, en 1921. Creó el Instituto de Química Industrial.
- d) Reglamentó la carrera de Ingenieros Agrónomos.

50. En la Dirección de Higiene proyectó su creación reuniendo en una sola Dirección los Laboratorios de Bacteriología y Vacunas, Instituto Profiláctico de la Sífilis, Instituto Profiláctico de la Tuberculosis, Sanidad Terrestre y Marítima, Direcciones Departamentales de Higiene. Proyectos de Medicina Social que no marcharon hasta mucho tiempo después por oposición del propio Consejo de Higiene y del Senado, que no entendían de prevención y creían que todo debía ser asistencial; concepto muy de la época y propio de pueblos jóvenes y no evolucionados.

60. Fue Director de Higiene y Asistencia en 1926. Lo que vino a ser el Ministerio de Salud Pública en 1933.

70. En 1917 propuso la creación de cargos de médicos forenses, de a tres por Juzgado.

80. Como Ministro de Industrias entre 1923 y 1925, enfrentó el problema ganadero de la industria del tasajo, que decaía.

- a) Instaló el Frigorífico Nacional y Venta al Exterior, con 3 millones de capital y un Directorio de 5 miembros.
- b) La Dirección de Ganadería es de 1924; también obra suya.
- c) La Dirección de Agronomía la hizo con la base de la Sección de Fomento Rural del Banco Hipotecario, dando facilidades a los ingenieros agrónomos, veterinarios y capataces rurales.
- d) En 1923 proyectó un Banco Agrario e Industrial, oportunamente apoyado por los Ministros Esteban Elena y Pedro Cosío. Proyectó que se concretó después en el Instituto de Colonización.
- e) En 1924 transformó la Escuela de Veterinaria, dependiente de la de Medicina, en Facultad,



Arias juvenil, poco después de doctorarse

siguiendo las ideas de Batlle que la había creado en 1911.

Renunció al Ministerio de Industrias en 1925, recibiendo una demostración de industriales y comerciantes en el Parque Hotel. Entonces destacó, cuando debió hablar, que en realidad el homenaje era a quienes lo acompañaron en su gestión.

XV

Sus proyectos sociales salieron cuando el discurso en el Congreso Rural de San Carlos, en 1953. Allí desarrolló el tema de "La Salud del Trabajador"; y opinó que la Reforma Agraria "es una expresión repetida que las masas no piensan, en tanto la Administración está llena de políticos y empleados que dicen lo que se debe hacer mientras ellos siguen en el asfalto".

Definió el nuevo concepto de Demofilaxia, algo así como amor humano.

Por otra parte, la amargura por la frustración de su hijo lo impulsaba al rojo vivo. Así, en 1947 y 1948, ya retirado de la UTU, fundó la Asociación Uruguaya

de Seguridad Industrial, coincidiendo con la visita del ingeniero norteamericano Welch al Banco de Seguros.

La presidió y redactó sus Estatutos, realizando la Semana Anual de Seguridad Industrial, en el mes de mayo. Fue autor del monograma simbólico para la Sociedad Uruguaya de Medicina del Trabajo y de la Sociedad Uruguaya de Seguridad.

En 1964 fue a Madrid al 14o. Congreso de Medicina del Trabajo, en representación del Uruguay.

XVI

Después de la Dirección de la UTU, y ya añoso, aún se desempeñó como Presidente de la Asociación Patriótica desde 1953 al 64, tocándole conmemorar y destacar las Instrucciones del Año XIII, en la plazuela de Avenida Italia y Avelino Miranda donde el Palomar de Cavia.

Al terminar sus Memorias, expresa su frase final:

“Que en la Plaza Lavalle de Buenos Aires se instale un banco de piedra junto al árbol, con la siguiente inscripción:

“En la iniciación de este siglo, llegó a esta plaza un joven oriental, Maestro por Vocación, carente de recursos. Se sentó en un banco y se quedó dormido. Lo despertó un guardián, impidiéndole el descanso. Se retiró pensando en la Felicidad de los Hombres. Realizó después para este bien, Escuelas y Liceos, diurnos y nocturnos; Facultades de Arquitectura y de Ingeniería en Montevideo; Universidad Tecnológica, urbana y rural; Organización de Salud y Previsión Social.

“Representó al Uruguay -sigue hablando Arias- en Congresos Internacionales; como Presidente o Vice en los Congresos de Tecnología de Lieja, en 1930; y de Seguridad Industrial en Santiago de Chile, en 1942.

“Congreso de Medicina Social y del Trabajo, de América del Sur, en 1952.

“Ministro de Estado. Presidente de la Cámara.

“Inauguró monumentos y estelas a Artigas y a San Martín. Estela a la Partida de los 33 Orientales en San Isidro. Monumentos y placas a los Dres. Soca y Quintela en Montevideo. Monumento a Dante. Inauguró la Escuela República Argentina.

“Exteriorizó en libros y en memorias sus anhelos de Bien Cultural y de Salud.

“En la Universidad del Trabajo instaló el primer Laboratorio Psicobiotipológico. Instaló la Escuela de Mecánica Industrial y de Electricidad. Escuela de Industrias Navales, Escuela Industrial de La Unión, Escuela de Enología en Las Piedras, Escuela de Lechería en Colonia Suiza, Escuela Citrícola en Salto, Escuela de Silvicultura en Maldonado. Escuelas y Cursos de Comercio en el Interior. Escuela de Artes Aplicadas”.

XVII

En 1965 lo buscaron para brindarle su Jubileo Científico.

Solos quedaron luego los dos viejitos en su caserón de la calle Yaguarón 1236, aún en pie. Procuró entonces apoyo y continuación en su pariente y amigo el Sr. Emilio Legarra Aubriot -sobrino del arquitecto Aubriot- en cuya hija encontró “la nieta” que nunca tuvo. A él pudo confiarle la tutela de su hijo Fernando, rogándole que velara por él y no lo separara de su lado.

Falleció por crisis cardíaca el 22 de abril de 1970, a los 85 años de una vida intensa y ejemplar.

Su esposa doña Adela lo sobrevivió hasta 1974. La casona de la calle Yaguarón, aún con sus muebles, espera la comprensión de quienes lo apreciaron para convertirla en Museo de la Universidad del Trabajo.